

## PREFACIO

Desde los albores del pensamiento han existido dos actitudes básicas con las que los filósofos se han acercado a la realidad: la confianza y la duda. Ellas son contrapuestas e irreconciliables por su misma naturaleza, y se podría afirmar que la opción por una u otra es uno de los hilos conductores a través del que es posible interpretar los vaivenes de la historia de la filosofía. En todo caso, la elección de fondo entre ellas se presenta como radical e ineludible. Ya en la filosofía clásica, la oposición entre estos dos talentos filosóficos tan distintos era manifiesta, y la disputa aristotélica contra el escepticismo resulta una buena prueba de ello. Desde la modernidad en adelante es, en cambio, la noción de “sentido común” la pieza clave de un tipo de filosofía que defiende que solo desde una profunda confianza en las propias potencias y en la realidad misma es posible vivir y filosofar.

La pretensión de quienes defienden la existencia de un “sentido común” consiste –a pesar de sus diferencias– en mostrar que el ser humano posee una apertura natural a las cosas, y que las incisivas y aparentemente profundas dudas acerca de lo evidente no tienen, a la postre, valor alguno. “No pretendamos dudar en filosofía de aquello de lo que no dudamos en nuestros corazones”<sup>1</sup> recomendaba Charles S. Peirce reaccionando a la duda metódica cartesiana. No es más serio ni más “científico”, como a veces se cree, aquel pensamiento que pone en tela de juicio las creencias primordia-

1 C. S. Peirce, *Collected Papers*, 5.377.

les que en la vida ordinaria aceptamos de modo sencillo y natural. Incluso se podría llegar a afirmar que en la mayoría de los casos las teorías y doctrinas que contradicen los dictados básicos del sentido común deberían ser, en principio, rechazadas. Las filosofías que desprecian el conocimiento ordinario tachándolo de ingenuo, acrítico, alejado de la “verdadera realidad”, son de muy diverso tipo: algunas idealistas, otras escépticas, otras positivistas o científicas. Pero la paradoja está en que, siendo tan distintas entre sí, coinciden plenamente en el menosprecio del conocimiento ordinario y en la idea de que precisamente al alejarse de él se realiza aquella tan anhelada salida de la “caverna de las apariencias” hacia la “verdadera realidad”. En las filosofías de este cuño acontece casi siempre una ruptura absoluta o prácticamente absoluta con la comprensión humana más originaria del mundo.

Frente a este tipo de concepciones, Thomas Reid, padre de la filosofía del sentido común, ha logrado poner de manifiesto que poseemos algunas creencias básicas con las que los seres humanos funcionamos: en la vida cotidiana estamos seguros de que existimos y de que el mundo exterior existe, de que somos personas, de que no es lo mismo el sueño que la realidad, y de tantas otras cosas. Pero no sólo eso, sino que la confianza que depositamos en dichas creencias no es defraudada. Esta confianza natural podría ser un mecanismo que llevara finalmente a engaño, pero, como Reid *muestra* con distintas estrategias discursivas, tales creencias resultan ser realmente fiables, verdaderos primeros principios, *conocimiento* indubitable presupuesto en todo conocimiento posterior.

Resulta especialmente relevante rescatar la filosofía del sentido común hoy, pues, salvo en reducidos ámbitos, se encuentra instalada una concepción de razón esencialmente *racionalista* o, por el contrario, se observa un repliegue de la propia razón que conduce al irracionalismo como la mejor o única vía. La mayor parte de las veces acontece que las dos concepciones, paradójicamente, se superponen y coexisten. Es urgente recobrar la *confianza* en la razón, pero esto no puede lograrse –ni sería deseable que así suceda– por medio de un retorno a la concepción moderna de racionalidad. Basta recordar el diagnóstico que pensadores del siglo XX tan renombrados –y distintos entre sí– como Husserl, Heidegger, Adorno o Horkheimer han hecho sobre la noción tan estrecha de *racionalidad* desplegada en la modernidad para comprender que aquella alternativa ha sido ya superada.

Reid es un peculiar precursor de las críticas a la modernidad filosófica detentadas por estos y muchos otros pensadores. Uno de los grandes méritos del filósofo escocés consiste precisamente en haber detectado tempranamente las consecuencias dañinas de la exacerbación de la racionalidad deductiva. En este sentido –y en muchos otros que se esclarecerán a lo largo de este estudio– Reid puede ser descrito, sin lugar a dudas, como un “moderno anti-moderno”. Así como este filósofo trajo aires frescos a la filosofía de su época, sus reflexiones también pueden traer aires renovados a la filosofía y cultura actuales.

Presento este estudio –que consiste esencialmente en el texto de mi investigación doctoral– con la esperanza de llevar al lector contemporáneo a revisar los textos y argumentos reideanos en un momento en el que se hace indispensable desplegar una *racionalidad abierta* y más abarcadora que la mera racionalidad deductiva. Espero asimismo que esto permita sortear el otro extremo vicioso –también tan presente en nuestros días– que es el escepticismo.

Agradezco a mi gran maestro y amigo Jaime Nubiola, de la mano de quien me adentré hace ya muchos años en el camino de la escritura filosófica y que me ha animado en cada etapa; a Alejandro Llano, quien me ha acompañado de cerca durante tanto tiempo con mis inquietudes filosóficas y humanas y a Ángel Luis González, QEPD, quien con su característica amabilidad me escuchó y me animó a publicar este trabajo. A Raquel Lázaro, por haberme leído detenidamente y haberme hecho varias sugerencias y a Stéfano Straulino y Corina Dávalos por las correcciones estilísticas de la introducción y consideraciones finales. A mi esposo Juan Martín y a mi hijo Tomás, dedico este libro.

## INTRODUCCIÓN

En sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, Hegel sostiene que esta última “considerada en su conjunto, es un proceso necesario y consecuente, racional de suyo y determinado *a priori* por su idea”<sup>1</sup>. Frente a esta concepción, la historia de la filosofía real se muestra ligada a múltiples vaivenes extrafilosóficos. No es raro observar que autores con decisiva influencia en un momento la pierdan en otro, y que los gustos y modas jueguen un papel más significativo del que comúnmente se les ha otorgado en la valoración de los diversos pensadores y corrientes.

Thomas Reid acaso sea uno de los ejemplos más llamativos de ello. Su brillantez intelectual, su perspicacia para detectar tempranamente los problemas de las filosofías de su tiempo, y su gran ingenio para elaborar una filosofía capaz de erigirse como una alternativa al empirismo y al racionalismo, no pasaron desapercibidos para los intelectuales de su época y tampoco para los del siglo XIX<sup>2</sup>. El mundo anglosajón lo consideró durante ese tiempo un pensador destacado; incluso puede decirse –como se ha defendido con frecuencia– que fue el autor predilecto en los ambientes intelectuales de América e Inglaterra durante las dos últimas décadas del siglo XVIII y

1. G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, México: Fondo de Cultura Económica, 1985, I, p. 20.

2. A. C. Fraser, *Thomas Reid*, Edinburgh: Oliphant Anderson & Ferrier, 1898, pp. 144-160; T. Cuneo y R. Van Woudenberg, “Introduction”, en *The Cambridge Companion to Thomas Reid*, Cambridge: Cambridge University Press, 2004, p. 1.

casi todo el XIX<sup>3</sup>. Sin embargo, fue olvidado más tarde, al punto de que pocos en el siglo XX han profundizado en su obra y ha desaparecido casi por completo del canon de autores usados para estudiar filosofía moderna en las universidades de Occidente<sup>4</sup>.

Quien ahonda en Reid no deja de sorprenderse por este hecho. Wolterstorff, por ejemplo, se pregunta perplejo por las causas de este injusto olvido, y esboza tres posibles razones<sup>5</sup>. En primer lugar, la trivialización y malinterpretación que muchas veces ha sufrido la filosofía de Reid en determinados ambientes filosóficos. No se ha comprendido adecuadamente lo que significa el sentido común y, por ello, se le ha restado importancia. Por otra parte, se la ha interpretado como una crítica a Hume que, sin embargo, retorna a Locke, a pesar de que Reid, en realidad, rechaza el empirismo en todas sus formas.

En segundo lugar, Reid es de las plumas filosóficas más brillantes en lengua inglesa y, por tanto, un autor excepcionalmente claro. Ahora bien, la filosofía académica vive, en gran medida, de la posibilidad de hacer críticas e interpretaciones de todo tipo, y Reid no es un autor que se preste para innumerables discusiones acerca del sentido exacto de sus palabras. Su grandeza no está en que deslumbra, sino en que ilumina. Como bien observa Wolterstorff, muchos se han convertido en “reideanos” al leer su obra y, sin embargo, no se han dedicado a escribir sobre él. En gran medida, “este ha sido el rol de Reid en la historia de la filosofía”<sup>6</sup>.

En tercer lugar, –arguye Wolterstorff– la historia de la filosofía moderna, como tal, fue escrita por primera vez por Hegel y sus seguidores. Y, como todo en Hegel, está estructurada en tríadas de tesis, antítesis y síntesis. En consecuencia, la filosofía moderna ha sido interpretada también según este esquema: racionalistas continentales, empiristas británicos y la síntesis en Kant y Hegel. Reid no encajaba cómodamente en ninguna de estas categorizaciones y, por tanto, fue expulsado de la clasificación. El lecho de Procusto le quedaba pequeño y, por tanto, a Procusto le cortaron las piernas y la cabeza<sup>7</sup>.

3. A. C. Fraser, *Thomas Reid*, pp. 144-160.

4. N. Wolterstorff, *Thomas Reid and the Story of Epistemology*, Cambridge: Cambridge University Press, 2001, pp. ix-x.

5. N. Wolterstorff, *Thomas Reid and the Story of Epistemology*, p. ix.

6. N. Wolterstorff, *Thomas Reid and the Story of Epistemology*, p. x.

7. N. Wolterstorff, *Thomas Reid and the Story of Epistemology*, p. x.

Además de las razones aducidas por Wolterstorff, puede pensarse que otra causa de la exaltación de autores como Locke y Hume y la indiferencia hacia Reid sea quizás que, como Gadamer ha observado, “lo que se transforma llama sobre sí la atención con mucha más eficacia que lo que queda como estaba. Esta es una ley universal de nuestra vida espiritual.”<sup>8</sup> Y si fue el empirismo en general, y el de Hume en particular, el que jugó el papel de lo “distinto”, de aquello que no entroncaba en la tradición filosófica sino que representaba más bien una ruptura, es lógico entonces que sea él, y no Reid, quien pase a la historia. Los puntos más novedosos de la filosofía reideana vienen en un “envoltorio” clásico. Al leerlo se percibe claramente que su preocupación no era su fama personal, sino aquello sobre lo que pensaba. Pero muchos no están listos para asimilar la sencillez que caracteriza a quienes gozan de esa especial alcurnia espiritual.

En todo caso, fueran cuales fueran las razones de la indiferencia hacia Reid, muchos están de acuerdo en que asistimos hoy a un renacimiento de su filosofía. La principal motivación de esta investigación ha brotado precisamente de la convicción de que existe una acuciante necesidad de recuperar a Reid para la filosofía y la cultura. Su pensamiento en general y su noción de sentido común en particular podrían colaborar a ensanchar la concepción de la razón humana y a retomar la confianza en ella y en las demás potencias cognoscitivas, en un momento en el que ello resulta especialmente importante.

Ahora bien, la contracara de la filosofía del sentido común reideana consiste, naturalmente, en la crítica al escepticismo. Reconstruir esta última será, por tanto, uno de los propósitos más importantes de esta investigación. Es relativamente común en la literatura sobre el autor escocés sostener que dicha crítica consiste simplemente en el desmantelamiento de la teoría de las ideas, pues, para Reid, esta era la auténtica base del escepticismo. Sin embargo, como intentaré mostrar a lo largo de este estudio, la crítica contra los escépticos está articulada de un modo bastante más rico y complejo. Entre otras cosas, porque el pensador escocés se percató de que empirismo y racionalismo no son –en el fondo– más que una *misma forma* de concebir la racionalidad. Así su crítica al escepticismo abarca a estas dos filosofías.

8. H. Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca: Sígueme, 1977, p. 25.

A lo largo de esta investigación me han servido de guía dos tesis fundamentales, que considero esenciales para una adecuada interpretación del pensamiento de Reid. La primera tiene que ver con la estructura de su crítica al escepticismo. Bajo cierta perspectiva, la filosofía del sentido común puede entenderse como la *pars contruens* de dicha crítica. Si se piensa que el objetivo principal de Reid fue socavar los cimientos del escepticismo y exorcizar sus peligros, se justifica leer todo lo positivo de su doctrina como una parte —y la más profunda— de dicha crítica. Hay que aclarar, sin embargo, que esto no quiere decir que la filosofía de Reid sea una *mera* crítica y, por tanto, parasitaria de aquellas ideas que desea demoler. En los escritos reideanos hallamos una filosofía sólida, con entidad y peso propios. Más aún, solo porque es afirmativa y profunda, se presenta como una verdadera alternativa al pensamiento moderno.

La segunda idea —que está en contra de la tesis a veces defendida de que en Reid no hay propiamente argumentación filosófica sino sólo una descripción del sentido común— consiste en la convicción de que en la obra del escocés se puede encontrar tanto una aproximación fenomenológica al problema del sentido común, como una defensa de este con herramientas propiamente filosóficas.

Así pues, la estructura de la presente investigación responde a dichas tesis del siguiente modo: la primera y tercera parte tratan de la *pars construens* de la crítica de Reid al escepticismo, y, la segunda, de su *pars destruens*. El tratamiento de la *par construens* en dos partes separadas obedece, a su vez, a la distinción ya mencionada entre aproximación descriptiva (primera parte) y propiamente filosófica (tercera parte).

Adicionalmente, la primera parte refleja una de las tesis más importantes que guían este estudio: el reconocimiento de la estrechísima vinculación entre sentido común y las diversas dimensiones del conocimiento. Contrariamente a lo que puede pensarse en una aproximación inicial, el sentido común no es para Reid una mera función de la inteligencia, sino que está en profunda relación con todas las potencias cognoscitivas, así como con el lenguaje, la acción, las relaciones con los demás. No es posible comprender adecuadamente al sentido común al margen de este entramado de conexiones.

Así, en el primer capítulo, se explora la relación del sentido común con el lenguaje. Con este fin se rastrean brevemente los orígenes y la evolución del significado de “sentido común”. Tras esto se estudia el papel del lenguaje

en la filosofía reideana y la imbricación con el sentido común, destacando en particular la temprana y decisiva defensa del lenguaje ordinario que aquí se encuentra. Es de especial interés la novedosa noción de “actos de habla” acuñada por Reid. En relación a ella se sugiere la idea —que podría ser explorada en otra investigación futura— de que allí se halla, al menos seminalmente, una doctrina pragmatista del significado.

El capítulo segundo se centra en el conocimiento sensible, en relación al sentido común. Se tratan ahí los temas de la sensación, la percepción y la creencia, enfatizando en particular el realismo perceptual del autor. Se expone también su rica noción de “sugerencia” [*suggestion*] y la doctrina de la sensación como signo. Finalmente se analizan dos distinciones clave de su teoría de la percepción: la de sensación y percepción, por un lado, y la de percepción original y adquirida, por el otro.

El capítulo tercero versa propiamente sobre el sentido común y sus primeros principios. En primer lugar, se subraya la gran importancia que Reid concede al juicio y la diferencia de este con el testimonio, poniendo especial atención a la explicación —novedosa a mi entender— que hace de su relación con la simple aprehensión. En segundo lugar, se analiza la concepción del juicio y sus clasificaciones, y luego la noción de sentido común, su significación exacta, y la noción general de primer principio. Tras esto se examina la clasificación de los primeros principios en necesarios y contingentes, el fundamento de dicha distinción, y el elenco de los primeros principios. Es preciso resaltar especialmente que la noción de “primer principio contingente” es clave dentro de la filosofía de Reid y, en mi opinión, la concepción más original que este aporta. Finalmente se realiza una interpretación de la significación que tienen “necesidad” y “contingencia” en el discurso acerca de los primeros principios.

La segunda parte del trabajo, que trata sobre la crítica contra los escépticos, se divide en dos capítulos. Ello obedece a la convicción de que la crítica de la doctrina ideal, por su relevancia, debe ser tratada en un capítulo separado y ulterior que el resto de los argumentos. Por tanto, en el capítulo cuarto se defiende, en primer lugar, que —como algunos intérpretes ya han sostenido— la crítica al escepticismo contiene varios tipos de argumentación, lo que le asemeja a un “árbol de varias ramas”. Tras esto se analiza lo que Reid entiende exactamente por escepticismo y los tipos de escepticismo que tiene en mente. A continuación se examinan las críticas a algunos argumentos

cartesianos y la cuestión de la creencia en la filosofía de Hume. Se investigan, por último, algunas de las manifestaciones que, según Reid, tiene el denominado “semi-escepticismo” filosófico y las razones que esgrime en su contra.

El capítulo quinto —continuación natural del anterior— describe con detenimiento lo que Reid denominó “el caballo de Troya” de la filosofía: la teoría de las ideas, examinando uno tras otro los argumentos que según él la sostenían y los inevitables fallos que detecta en ellos. Al hilo de esta exposición se ponen de manifiesto varias tesis fundamentales que Reid mantuvo acerca de lo que es —y sobre todo de lo que *no es*— el conocimiento humano en general. Se puntualiza a su vez una cuestión metodológica: su antihipotesicalismo. Por último, se hace especial hincapié en uno de los argumentos a favor de la existencia de las ideas que Reid desmonta: el argumento de la relatividad de la percepción, formulado por Hume.

En la tercera y última parte de esta investigación se aborda la cuestión de los primeros principios desde un punto de vista estrictamente filosófico: en primer lugar se trata de la comprensión que Reid tuvo de su papel dentro de la filosofía como tal (capítulo sexto) y, en segundo lugar, se exploran los argumentos indirectos que Reid propone a favor de su legitimidad (capítulo séptimo).

El capítulo sexto consiste en la defensa de la tesis de que Reid tiene un programa filosófico esencialmente antifundacionalista. Aunque el término “antifundacionalismo” no sea suyo, pienso que puede ser empleado perfectamente para describir su intento. Resulta, a mi entender, especialmente importante explicar esta tesis dado que la doctrina de Reid sobre los primeros principios es robusta pero ello no implica, de ninguna manera, un programa de tipo fundacionalista. Además, en relación a esta idea se pueden analizar varios aspectos de la doctrina de los principios que resultan verdaderamente iluminadores. Así, se explica en primer lugar la distinción —presente en los textos de Reid— entre el plano del conocimiento ordinario y el de la filosofía y la ciencia. En segundo lugar, se exponen una a una las razones que, a mi juicio, abonan la tesis de un antifundacionalismo en Reid. Seguidamente se entra en la discusión contemporánea acerca de si Reid puede ser categorizado como un externalista o un internalista respecto de la justificación de las creencias. Por último, se puntualiza la crítica que Reid realiza a lo que ahora denominaríamos el “fundacionalismo” de su época y, en general, al espíritu moderno.

## INTRODUCCIÓN

Finalmente, en el séptimo y último capítulo, se aborda la pregunta acerca de la legitimidad de los primeros principios y la respuesta que Reid provee. Para ello se explica en primer lugar la manera en que Reid *no* legitima los principios, esto es, apelando a Dios o a un supuesto meta-principio. Finalmente se expone la vía reideana, que consiste en una argumentación indirecta a favor de los principios.

En síntesis, esta investigación pretende ofrecer una interpretación del pensamiento de Reid que revele la capacidad de su noción de sentido común para ensanchar la concepción de racionalidad y, con esto, de colaborar a superar aquellos dos extremos viciosos y aparentemente opuestos: el fundacionalismo racionalista y el escepticismo, ambos dominantes en la actualidad.